

tenderá mejor el otro y todos los circunstancias, que no era bien tratar lo que trataba, y que le hicistes honra en no reprenderle mas claramente y avergonzarle delante de todos. Y si aguardais muchas coyunturas y propósitos, y á que se acabe la plática, ni el otro entenderá la cifra, ni remediareis el daño. Así como cuando el toro va tras algun hombre, le echan una capa para que se entretenga en ella y deje al hombre; así cuando uno va dando tras otro, murmurando de él, es muy buen remedio echarle una capa, que es otra plática, en que se entretenga y deje de murmurar. Y así como al que echó la capa se le agradece la vida del otro, así al que divierte la plática y ataja la murmuracion se le agradece, y debe la honra y fama que defendió.

## CAPÍTULO XI.

*Que nos habemos de guardar de todo género de mentiras.*

*Ante omnia opera verbum verum præcedat te*, Eccli. xxxvii, v. 20, dice el Sábio: Ante todas cosas os habeis de preciar siempre de hablar verdad y nunca decir mentira. Esto no parece que es menester encomendarlo mucho al religioso; porque ello se está harto encomendado. Aun allá en el mundo se tiene por gran vicio ser uno mentiro-

so, y decir á uno que miente se tiene por grande afrenta y deshonra; ¿qué será acá en la Religion, donde pierde uno mucha mas opinion y estima con estos vicios, que allá en el mundo? Bien se ve cuán baja y fea cosa sea esta, y cuán indigna de un religioso, y así muy léjos ha de estar la mentira de su boca, ni por excusarse y encubrir la falta. Léjos está de la mortificacion y humildad el que dice mentira, para que no se sepa su falta, ni le tengan en menos. Habíamos nosotros de andar á buscar ocasiones de humillacion y mortificacion, ¿y huís de las que se os ofrecen, y de las que no podeis excusar sin pecar? Mucho desdice uno en eso de la perfeccion que profesa. Por la salvacion de todo el mundo, dicen los Teólogos y los Santos, que no es lícito decir una mentira: mirad si será bien decir la por no quedar corto ó corrido en alguna cosilla; y así de siete cosas, que dice el Sábio que aborrece Dios, la segunda es, *linguam mendacem*: la lengua mentirosa.

Otra manera hay de decir mentira, aunque no sea tan de propósito, y es, cuando contamos alguna cosa, añadiendo mas de lo que fue. La verdad consiste en indivisible, y así cualesquier cosa que añade uno mas de lo que fue, ó de lo que sabe, será mentira, y de esto suele haber comunmente mucho peligro; porque somos muy amigos de que parezca algo lo que decimos, y así lo querriamos hacer mas, y por

eso conviene andar en esto con mucho recato.

Añade san Buenaventura (1), que habemos de huir de encarecimientos y exageraciones; porque no es gravedad ni modestia religiosa encarecer y exagerar mucho las cosas. Vuestra verdad y gravedad ha de ser la que ha de dar autoridad á las cosas que decís, no las palabras supérfluas y de exageracion: que esas no solo no dan autoridad á lo que decís, pero aun á vos os quitan la que teneis. Y la razon por que quita la autoridad y crédito el hablar con estos hipóboles y encarecimientos, es porque muchas veces se encarecen las cosas mas de lo justo, y así hay mentira en ello, porque no es tanto como eso; y así hombres encarecedores no suelen ser tenidos por muy verdaderos, y pierden crédito y autoridad. De nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, lib. 5, c. 6, se dice, que por maravilla usaba de los nombres que en latin llaman superlativos; porque en ellos se suelen encarecer algunas veces las cosas mas de lo justo; sino decia y contaba las cosas sencilla y llanamente, sin amplificarlas ni encarecerlas, y estaba tan léjos de estos encarecimientos y exageraciones, que aun se dice de él que no afirmaba mucho las cosas que sabia.

Esta es otra doctrina muy buena que nos enseñan aquí los Santos.

(1) Bonavent. in specul. disc. part. 3, cap. 3.

El glorioso san Bernardo dice (1): *Numquam pertinaciter aliquid affirmes, vel neges, sed sint tue affirmationes, et negationes dubitationis sale condite*: Nunca afirméis ni neguéis con demasiada aseveracion y certidumbre lo que sabeis, sino decidlo siempre con un poco de sal y gracia de alguna duda, como diciendo: Pienso que es así, ó si no me engaño, así es: páreceme que lo he oido decir. Si esto se sabe hacer con discrecion, es un modo de hablar modesto, humilde y religioso, y de un hombre que no está muy fiado de sí, ni de su propio parecer, como no lo ha de estar el que es humilde; y por eso hablaban los Santos de esa manera, porque eran muy humildes, y no se fiaban de sí. De santo Domingo Loricato cuenta Surio, que cuando le preguntaban qué hora era, nunca respondia determinadamente, son las ocho ó las nueve; sino serán como las ocho, ó como las nueve. Y preguntado por qué respondia así, dijo, porque de esa manera estoy seguro de no decir mentira, ahora haya dado la hora, ahora esté por dar. Esta es otra razon, porque es prudencia y modestia religiosa no afirmar mucho las cosas, sino con un poco de sal y gracia de alguna duda, como dice san Bernardo; porque con esto no se pone uno á peligro de mentira alguna, aunque aconteciese despues no ser así; pero cuando se afirma absolutamente, y con mu-

(1) Bernard. in formula honestæ vitæ.

cha resolucion y aseveracion, si despues se halla no ser así, como algunas veces suele acontecer, halláremos corridos de haber dicho una mentira, y afirmádola tan de cierto, y mas será causa de desedificar al otro, que halla despues no ser así; y esto digo aun en las cosas que nosotros tenemos por ciertas; porque si yo no estoy cierto, sino en duda de alguna cosa, y la afirmo absolutamente, eso tambien es mentir, aunque ello fuese así, porque digo lo que no sé, y á lo menos me pongo en peligro manifesto de que sea mentira lo que digo, que es la misma culpa.

Dice mas san Buenaventura: *Sermo veridicus, et purus sit.* No solo habeis de hablar siempre verdad, sino habeis de hablar llana y sencillamente, y no con dobleces ni con palabras equívocas que tengan diversos sentidos; porque esa es cosa muy ajena de llaneza y simplicidad religiosa. Y aun san Agustín dice, que el tal modo de hablar es mentira: *Omnis simulatio, et omnis duplicitas mendacium est.* Hay algunos, que por una parte no querian decir mentira, y por otra tampoco quieren decir la verdad, sino andan por rodeos y con equivocaciones, para que entendais vos una cosa, y ellos entiendan otra. En algun caso grave lícito es hablar con palabras equívocas, para ocultar alguna cosa que conviene ocultar; mas en las pláticas ordinarias y comunes no es eso lícito, antes es vicio de hombres dobles y fingi-

dos; y así muy contrario á la pureza y sencillez, no solo de religioso, sino de la vida cristiana, y aun política; porque impide la fidelidad, y el trato y comunicacion humana de unos con otros, ni mas ni menos que la materia clara y manifiesta; porque cosa cierta es, que si ordinariamente fuese lícito este lenguaje, no se atreverian los hombres á fiarse unos de otros. Y así nos enseña la experiencia, que cuando de algunos se sabe que tienen este vicio, aunque en otras cosas sean hombres virtuosos, no se osan fiar de ellos los que los conocen, antes los tratan con recelo y temor de ser engañados; y así dice el Sábio: *Qui sophisticè loquitur, odibilis est.* Eccli. xxxvii, v. 23. El que habla sofisticamente, que es con doblez, fingimiento y equivocaciones, es aborrecido; porque es tenido por hombre doblado, falso y fingido, y así se debe huir mucho este lenguaje, no digan de vos lo que suelen decir de algunos: Fulano no dice mentira, pero tampoco dice verdad.

## CAPÍTULO XII.

*Que nos habemos de guardar de palabras juglares y ridículas, y de decir gracias y donaires.*

El bienaventurado san Basilio (1) dice: *Neque in modum par-*

(1) Basilius, in exhort. ad filium spiritualem.

*vuli joculari velis assidue, quia non convenit, qui ad perfectionem nititur joculari ut parvuli:* Guardaos de palabras juglares y ridículas, de palabras juguetonas, y de andar triscando y burlando; porque esos son entretenimientos de niños, y el que trata de perfeccion es razon que deje de serlo y sea hombre. Y añade el Santo (1), que estas bur-las y entretenimientos hacen á uno remiso y negligente en las cosas del servicio de Dios, y quitan la devocion y compuncion del corazon. Especialmente, dice, se debe uno guardar de decir gracias ó donaires; porque eso es hacerse chocarrero y truhan, que es cosa muy indigna de quien trata de perfeccion.

San Bernardo (2) trata muy gravemente este punto: *Inter sæculares nugæ, nugæ sunt; in ore sacerdotis blasphemia:* Entre los seglares, dice, los donaires pasan por donaires; pero en la boca del sacerdote y del religioso son blasfemias: *Consecrasti os tuum Evangelio, talibus jam aperire illicitum; assuescere sacrilegium est:* Habeis consagrado y dedicado vuestra boca al Evangelio, y es ilícito abrirla para estas cosas, y acostumarlo sacrilegio, como el aplicar á usos profanos el templo consagrado al culto divino: *Labia sacerdotis, ait Malachias, custodient scientiam, et legem requirunt ex ore ejus, non nugæ profecto, vel fabulas.* De los labios del sacer-

dote, dice el profeta Malaquías, ii, v. 7, que han de buscar y oír los hombres la ciencia y la ley de Dios; no gracias, ni fábulas, ni chocarrerías: *Verbum scurrile, quod faceti urbanive nomine colorant, non sufficit peregrinari ab ore, procul et ab aure relegandum est.* Aun no se contenta el glorioso san Bernardo con que esté léjos el religioso de decir estas palabras de donaires y chocarrerías, sino quiere que esté tambien léjos de oirlas y de gustar de ellas. Y dice, cap. 10, que cuando otro las dijese delante de nosotros, nos habemos de haber en ellas como en las murmuraciones, procurando de interrumpirlas, y divertir la plática con alguna cosa seria y de provecho, y mostrándoles mal rostro. Pues si aun de oirlas, y de que se digan delante de nosotros nos habemos de avergonzar, ¿qué será de decirlas? *Fæde ad cachinos moveris, fædius moves:* Fea cosa es, dice, hacer aplausos á esas cosas, riéndoos y mostrando holgaros de oirlas; pero mas fea cosa es mover vos á otros á risa, diciéndolas.

Dice Clemente Alejandrino (1), maestro que fue de Orígenes, y es doctrina de los santos Basilio, Bernardo y Buenaventura: *Cum verba omnia à cogitatione, et moribus emanent, fieri non potest, ut verba aliqua mittantur ridiculo, que non*

(1) Clement. Alexand. lib. 2 de pædag. cap. 5; Basil. in Constit. monast. cap. 13; Bernard. in modo bene vivend. ad soror. serm. 30; Bonav. in spec. discip. p. 4, c. 5.

(1) Basil. in Const. monast. cap. 13.

(2) Bernard. lib. 2 de cons. ad Eug. III.

*procedant à moribus ridiculis.* Las palabras proceden del corazon: *Ex abundantia enim cordis os loquitur*, Luc. vi, v. 45; y así el que habla palabras vanas y livianas da muestras de la vanidad y liviandad de su corazon. Así como en el sonido se conoce si la campana ó vaso está sano ó quebrado, si está lleno ó vacío; así en la voz y sonido de las palabras se echa de ver el que está lleno ó vacío allá dentro, sano ó quebrado. El que habla estas cosas suena á hueco. San Crisóstomo sobre aquellas palabras del Apóstol: *Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat*, dice: *Quale cor unusquisque habet, talia verba loquitur, et talia opera facit*: Cual tiene uno el corazon, tales son las palabras que habla, y tales son las obras que hace. El santo mártir Ignacio en medio de sus tormentos nombraba muchas veces el nombre de Jesús; y preguntando la causa, respondió: Porque le tengo escrito en mi corazon, y por esto no puedo dejar de nombrarle. Y despues de muerto sacáronle el corazon, y le partieron, y en cada parte hallaron que estaba escrito el nombre de Jesús con letras de oro. El que da en decir gracias y donaires, no tiene escrito en su corazon el nombre de Jesús, sino el mundo y su vanidad, y eso está brotando por la boca; y así vemos que hombres que se precian de decir gracias y de hacer reir á otros con sus dichos y donaires, no sólo no son espirituales, pe-

ro ni buenos religiosos. El Padre M. Ávila declaraba á este propósito aquello del Apóstol: *Scurrilitas quæ ad rem non pertinet*, ad Ephes. v, v. 4; y glosábalo él de esta manera: Que palabras de gracia y chocarrerías no solo no pertenecian á la modestia del religioso, pero ni aun á la gravedad del instituto de la vida cristiana. Y léese de él en su vida que palabra de donaire nunca se vió en su boca. Y de san Crisóstomo nota Metafraste, in vita S. Chrysost., que nunca dijo gracias ni consintió á otro que las dijese. Estimaban esto tanto aquellos Padres antiguos, que la penitencia quemanda san Basilio (1) que se dé á quien hablare semejantes palabras es que le aparten por una semana de la comunidad, que era como un género de excomunión que usaban los monjes, apartando á los tales de la conversacion y trato de los demás religiosos, porque no les inficionen y les peguen la roña, y para que ellos se confundan, y entiendan que no merece estar entre los demás religiosos el que no trata ni habla como religioso.

En la vida de san Hugon, abad cluniacense, cuenta Surio de un arzobispo de Tolosa de Francia, llamado Durano, que era amigo de oír y decir donaires y palabras ociosas. San Hugon, que era entonces abad del monasterio de Cluni, reprendióle esto diversas ve-

(1) Basil. in animadversionibus adversus Canonicos delinquentes.

ces, por haber sido antes monje de su monasterio, diciéndole que si no se enmandaba, tendria por esto particular purgatorio. Murió el Arzobispo de ahí á pocos dias, y aparecióse á un santo monje llamado Siguino, y mostraba la boca muy hinchada, y los labios llenos de llagas. Pidióle con lágrimas que rogase á Hugon que hiciese oracion por él, porque padecia cruel tormento en el purgatorio en pena de sus donaires y palabras ociosas de que no se habia enmendado. Refirió esto Siguino al santo abad Hugon, el cual mandó á siete monjes que siete dias guardasen silencio por satisfaccion de aquella culpa: de estos el uno quebrantó el silencio: apareciósele á Siguino el Arzobispo y quejóse de aquel monje, que por su inobediencia se habia dilatado su remedio. Siguino fué con ello á Hugon: él halló que era así verdad, encargó á otro el silencio por siete dias, y pasados, apareciósele el Arzobispo tercera vez, y dió gracias al Abad y á los monjes, mostrándose vestido de pontifical, y su rostro sano y muy alegre, desapareciendo luego.

Especialmente se debe advertir aquí que nos habemos de guardar de gracias picantes, como son algunas palabritas que se dicen algunas veces por via de gracia, y se tienen por agudeza, que suelen lastimar á otro; porque disimuladamente le notan, ó en la condicion, ó en el entendimiento ó ingenio no tan agudo, ó de alguna

otra falta. Estas son unas gracias muy pesadas y muy peores que las pasadas, porque son perjudiciales, y tanto mas, cuanto con mas gracia se dicen; porque quedan mas impresas en los oyentes, y se acuerdan mas de ellas. Aun allá en el mundo, cuando los hombres graciosos, que llaman hombres de placer, saben hacer eso sin perjuicio y sin tocar á nadie, y pasan con ello, y son entretenimiento de los hombres del mundo, y dicen de ellos, gracioso es; pero al fin hácelo sin perjuicio de nadie: pero cuando con sus donaires muerden á otros son muy aborrecidos, y aun suelen parar en mal; porque no falta quien les dé su merecido. Pero porque de esto, y de otras maneras de palabras que son contrarias á la union y caridad de unos con otros, tratamos en la primera parte, 1 p. tract. 4, c. 10 et 11, excusarémos el tratarlo aquí.

### CAPÍTULO XIII.

*Que nuestras pláticas y conversaciones han de ser de Dios, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.*

*Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat; sed si quis bonus ad edificationem fidei, ut det gratiam audientibus.* Ad Ephes. iv, v. 29. No salga palabra mala de vuestra boca, dice el Apóstol, sino todas vuestras pláticas sean siempre de cosas buenas, de edificacion y pro-

vecho para los oyentes, que les enciendan é inflamen en el amor de Dios y en deseo de la virtud y perfeccion. Esta es una cosa que habemos menester mucho nosotros; porque nuestro fin é instituto es, no solo atender á nuestro propio aprovechamiento, sino tambien al de los prójimos, y una de las cosas que edifica mucho á aquellos con quien tratamos, y con que se hace mucho fruto en ellos, es con semejantes pláticas y conversaciones; porque fuera del provecho que estas pláticas traen consigo, viendo los del mundo que nuestro trato es siempre de estas cosas, conciben esta estima y respeto grande, entendiendo que está lleno de Dios el que nunca trata con ellos sino de Dios: con lo cual son de gran eficacia los ministerios que con ellos se ejercitan. Del Padre san Francisco Javier se lee en su vida, que hacia mas fruto con las conversaciones particulares que con los sermones. Y nuestro Padre en las Constituciones, tratando de los medios con que los de la Compañía han de ayudar á los prójimos, pone este por uno de los principales. Y pónese por general, 7 p. Const. c. 4, § 8, de que todos los de la Compañía han de procurar usar, aunque sean hermanos legos.

Para que sepamos y podamos hacer esto mejor nos ayudará mucho: lo primero, que nos acostumbremos á hablar acá entre nosotros de cosas buenas y espirituales. Del bienaventurado san Francisco lee-

mos (1), que hacia á sus religiosos que se sentasen muchas veces á hablar entre sí cosas de Dios, para que fuesen instruidos en este lenguaje y conversacion para cuando estuviesen entre seglares. Y cuéntase allí, que estando ellos una vez en esta santa conversacion se les apareció en medio el Señor en forma de un hermosísimo mancebo, y les echó su bendicion, dándoles á entender cuánto le agradaban aquellas pláticas. Y en la Compañía se usa esto desde el noviciado, juntándose muchas veces los novicios á tratar entre sí de cosas espirituales; y despues toda la vida usamos tener á menudo conferencias espirituales entre nosotros, para que estemos diestros en este lenguaje. Y fuera de esto nos está muy encomendado que lo usemos en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias.

San Bernardo (2) da sobre esto una muy buena y muy grave reprehension á ciertos religiosos de su tiempo, poniéndoles delante lo que se usaba en aquellos tiempos dorados: *O quantum distamus ab his, qui diebus Antonii existerent monachi!* ¡Oh cuánto distamos, dice, de aquellos monjes que habia en tiempo de san Antonio, y san Pablo primer ermitaño! Porque aquellos, cuando se juntaban y visitaban, toda su conversacion era del cielo,

(1) Part. 1, lib. 1, cap. 10 de la Crónica de san Francisco.

(2) Bernard. in Apolog. ad Guillelmum Abbatem.

y tomaban con tanto deseo y hambre el manjar del ánimo, hablando y tratando cosas de Dios y del provecho de sus ánimas, que se olvidaban del manjar del cuerpo, y se les pasaba muchas veces todo el dia en ayunos, ocupados en esto: *Et hic erat rectus ordo, quando digniori parti prius inserviebatur*: Y este era el buen orden, cuando á la parte mas principal y mas digna, que es el alma, se le servia primero. *Nobis autem convenientibus in unum, ut verbis Apostoli utar, jam non est dominicam cœnam manducare.* I ad Cor. XI, v. 20. *Panem quippe caelestem, nemo qui requirat, nemo qui tribuat, nihil de Scripturis, nihil de salute agitur animarum: sed nugæ, et risus, et verba proferrantur in ventum*: Empero ahora cuando nos juntamos ya no hay quien pida ni quien reparta este manjar espiritual y celestial; ya no se usa en las visitas y conversaciones hablar de las Escrituras sagradas, ni de lo que toca á la salud de las almas; sino todo es risas, gracias y palabras que lleva el viento. Y lo peor es, dice el Santo, que ya el saber entretener á uno de esta manera se llama afabilidad y discrecion, y aun caridad; y lo contrario se llama sequedad é inurbanidad y rusticidad: y á los que hablan de Dios los tienen por melancólicos, y huyen de su conversacion: *Ista charitas destruit charitatem, hæc discretio discretionem confundit*: Esta caridad destruye la verdadera caridad: esta discrecion destruye

la verdadera discrecion: *Quæ enim charitas est carnem diligere, et spiritum negligere? Quæve discretio totum dare corpori, et animæ nihil?* Porque, ¿qué caridad es amar la carne y menospreciar el espíritu? ¿Y qué discrecion es darlo todo al cuerpo y al alma nada? Hartar al cuerpo y matar el ánimo de hambre no es discrecion ni caridad, sino crueldad y desorden grande. Un doctor grave (Tauler. in instit. cap. 28) cuenta que una vez apareció el Señor á un gran siervo suyo, y le dijo con grande sentimiento seis quejas que de sus siervos tenia, de las cuales la segunda era que en sus juntas y pláticas trataban cosas vanas é impertinentes, y que á él no le tomaban en su boca. Pues procuremos que no tenga el Señor esta queja de nosotros, ni se nos pueda dar esta reprehension.

Otro medio bueno da san Bernardo (1), y san Buenaventura (2), para tratar siempre de cosas de edificacion, que cuando salimos á tratar con los prójimos llevemos prevenidas algunas cosas buenas y provechosas que poderles decir. Y para cuando ellos hablaren algunas impertinentes y vanas tengamos á punto otras de edificacion para cortar y mudar la plática. De lo cual nos avisan á nosotros nuestras reglas (*Regul. 11 Sacerdotum*), y no es mucho que los que somos religiosos usemos de este medio para sustentar las pláticas y

(1) Bernard. in formula honestæ vitæ.

(2) Bonav. in specul. discip. p. 3, c. 3.

conversaciones de Dios tan propias nuestras, pues vemos que los del mundo le usan para sustentar sus pláticas y conversaciones seculares. En esto ha de mostrar uno su buen entendimiento y discrecion en tener destreza para cercenar y cortar pláticas impertinentes, y saber ingerir y entremeter cosas de Dios.

Lo tercero, nos ayudará mucho para esto amar mucho á Dios y tener mucha aficion á las cosas espirituales; porque de esta manera no nos cansaremos ni enfadaremos de hablar ni de oír hablar de Dios, sino antes gustaremos mucho de ello; porque no es pesadumbre, sino gusto y recreacion, hablar cada uno de lo que ama y tiene en el corazon: sino mirad cuán de buena gana habla el mercader de sus tratos y negocios en la mesa y sobre mesa, y en todos tiempos gusta de oír dónde se compra y vende bien. Y el labrador habla de buena gana de sus barbechos y cosechas, y el pastor de sus becerros y corderos. *Eccli. xxxviii, v. 26. Qui tenet aratrum, et qui gloriatur in jaculo, stimulo boves agitat, et conversatur in operibus eorum, et enarratio ejus in filiis taurorum: cor suum dabit ad versandos sulcos.* Cada uno habla de buena gana de lo que toca á su oficio. Pues así nosotros que habemos dejado el mundo y tratamos de perfeccion, si amamos mucho á Dios y tenemos mucha aficion á las cosas espirituales, todo nuestro gusto y recreacion se-

rará tratar de esas cosas, y no nos faltará que tratar: y así es muy buena señal cuando uno gusta de hablar y tratar de Dios; y mala cuando no, conforme á aquello que dice san Juan: *Ipsi de mundo sunt, ideo de mundo loquuntur.* I Joan. iv, v. 5. Ellos son del mundo, y por eso hablan de las cosas del mundo.

San Agustin (1) sobre aquellas palabras de la Sabiduría, *xvi, v. 20: Angelorum esca nutriti populum tuum, et paratum panem de celo prestitisti illis sine labore, omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem,* dice, que aquel maná del cielo, con que sustentó Dios en el desierto á los hijos de Israel, sabia á cada uno á lo que él queria, conforme á estas palabras. Empero esto, dice, se ha de entender de los buenos, y que á los malos no les sabia á lo que ellos querian; porque si eso fuera, no pidieran ni desearan otro manjar, como lo desearon y pidieron: *Quis dabit nobis ad vescendum carnes? Recordamur piscium quos comedebamus in Agypto gratis: in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porrique, et caepe, et allia. Anima nostra arida est, nihil aliud respiciunt oculi nostri nisi manna.* Numeror. xi, v. 5 et 6. Á estos no solo no les sabia el maná á todas las cosas, antes les enfadaba ya, y tenían hastío de él, y suspiraban por carne, y se acordaban de las ollas de Egipto, y de los cohombros, pepi-

(1) August. lib. 1 de inquis. Januar. c. 2; et lib. 2 Retractat. cap. 16, v. 20.

nos, puerros, cebollas y ajos que allá comian, y eso deseaban y apetecian mas. Pero los buenos estaban muy contentos con el maná, y no tenían deseo de otro manjar, ni se acordaban de eso, porque en él hallaban todos los manjares que querian. Pues esta es la diferencia que hay entre los religiosos buenos y perfectos, y los tibios é imperfectos: que los buenos religiosos gustan mucho de las cosas espirituales y de Dios, y de hablar y tratar de eso, y hallan en este maná todos los buenos sabores: sábeles Dios á todas las cosas, y dicen con san Agustin y san Francisco: *Deus meus, et omnia:* Dios mio, y todas las cosas. Todas las cosas les es Dios, y en él hallan todo lo que desean; pero á los tibios é imperfectos ni les sabe este divino maná á todas las cosas, antes les enfada y les da en rostro, y mas se huelgan de oír el cuento que el ejemplo. No es esa buena señal: *Felix lingua, que non novit nisi de divinis texere sermonem:* Dichosa la lengua, dice san Jerónimo, que no sabe hablar sino de Dios. Y san Basilio dice: *Futilesque habeantur sermones, tu magnopere ne attendito; sed si que ex divinis litteris ad salutem anime pertinentia memorare audieris, acerba gustatu tibi ea sumpto, quæcumque de mundanis rebus memorentur, contraque facis mellis assimila, quæ à pietatis colentibus viris narrentur* (1). Al verdadero

(1) Basil. serm. de renunt. sæculi istius, et spirituali perfect.

siervo de Dios danle en rostro las pláticas vanas é impertinentes; y las conversaciones y pláticas de Dios le son mas dulces y sabrosas que la miel. De aquí es que el alma muy aficionada á Dios, para su honesta recreacion y alivio de sus trabajos y enfermedades no tiene necesidad de distraerse á pláticas y conversaciones de cosas impertinentes y ridículas; porque estas como no las ama, antes le acrecientan la pena y el trabajo. Lo que le consuela y alivia es hablar y oír hablar de las cosas que ama y desea; y así leemos de santa Catalina de Sena que nunca se cansaba de hablar de Dios, antes esa era su recreacion y medio para estar mas récia y sana, y para descansar y alivio de sus enfermedades y trabajos: lo mismo leemos de otros muchos Santos.

#### CAPÍTULO XIV.

*De otra razon muy principal por la cual nos conviene mucho que nuestras pláticas y conversaciones con los prójimos sean de Dios.*

No solamente para la edificacion y provecho de los prójimos es necesario que nuestras pláticas y conversaciones sean de Dios, sino tambien para nuestro propio aprovechamiento y conversacion, porque hablando de Dios nos inflamaremos y encenderemos mas en su amor, que es muy propio de semejantes pláticas, como lo